

1981

El papel del narrador en "La herencia de Matilde Arcángel"

Myron I. Lichtblau

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Lichtblau, Myron I. (Primavera-Otoño 1981) "El papel del narrador en "La herencia de Matilde Arcángel"," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 13, Article 12.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss13/12>

This Otras Obras is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

EL PAPEL DEL NARRADOR EN «LA HERENCIA DE MATILDE ARCÁNGEL»

Myron I. Lichtblau
Syracuse University

En casi todos sus relatos, Juan Rulfo se vale de ciertas sutilezas e ironías¹ del oficio para lograr sus fines novelescos. A pesar de la aparente sencillez y naturalidad con que se tejen los cuentos, la relación entre el narrador,² los personajes, y los sucesos queda muchas veces ambigua, ambivalente, o imprecisa. El lector se halla confrontado con un relator que es esquivo, reticente, o confuso. Esta oblicuidad del narrador le hace desempeñar un papel que rebasa el de dar información o excitar emoción; manipula el cuento porque tiene en él un interés personal o especial. Tal es el caso en «La herencia de Matilde Arcángel,»³ en que el narrador no sólo es relator sino participante activo en el desarrollo del cuento. En efecto, se vuelve uno de los personajes a quien el lector reacciona con mayor curiosidad. Es el propósito de este trabajo analizar varios aspectos verbales del papel del narrador en este célebre relato.

Lo primero que hay que notar es que el cuento, aunque escrito en tercera persona, no tiene el narrador tradicional que se distancia imparcial y desinteresadamente de lo que relata. Lo segundo es que mediante el tono seguro y confiado, el narrador se establece desde el principio como persona que conoce bien a la familia Cedillo, conlleva su tragedia, y ahora quiere relatarlo todo a su manera. Su modo de narrar la historia de Matilde Arcángel indica claramente que es más que un testigo de lo que ocurrió, más que un mero observador o inocente mirón; creemos que sabe mucho más de lo que nos entera, que nos da información sólo a medias o sesgada conforme a sus propios designios. Los altos valores afectivos de este cuento dependen en gran medida del doble papel del narrador como simple «raconteur» por un lado y como comentarista parcial por otro. La fusión de los papeles es lo que crea el impacto emocional que sentimos y al mismo tiempo la ambigüedad artística que penetra todo el relato. Acierta muy bien Violeta Peralta al escribir que «Tranquilino Herrera (el narrador) cuenta un 'sucedido' que tuvo por escenario el pueblo de Corazón de María, en una época al parecer lejana. La perspectiva es única en

todo el desarrollo del cuento; el narrador marca constantemente su dominio en la gradación del ritmo del relato . . .»⁴

La idea central de «La herencia de Matilde Arcángel» es el tremendo odio que siente Euremio Cedillo por su hijo, principalmente porque lo cree responsable de la muerte de la madre, quien resultó herida fatalmente por un caballo desbocado, pero no antes de salvarle la vida al hijito. Pasan los años, se acrecienta el odio paterno, hasta que los dos Euremios, padre e hijo, se marchan a pelear en la Revolución. La culminación del relato, tan equívoca y oscura como lo es el papel del narrador, aparenta ser una sencilla afirmación de que el hijo regresó al pueblito montado en caballo y sosteniendo el cuerpo de su padre. El lector quiere saber cómo murió el padre; el narrador no lo sabe o prefiere no compartir esta información con el lector. La ironía que resulta es la ironía de la ignorancia tanto del narrador como del lector. La duda que se queda con el lector es tanto más irónica en cuanto que el narrador, que durante todo el relato presume de saberlo todo, ignora la parte más importante, la resolución final del conflicto. Si el narrador no se hubiera tomado el trabajo de identificarse con tanta insistencia, si se hubiera quedado entre bastidores, entonces la conclusión ambigua no sería más que un juego narrativo, un truco literario sin gran significación temática o afectiva. La fuerte presencia del narrador hace que esta conclusión adquiera un valor connotativo y simbólico que trasciende su función puramente narrativa en el relato. Dice Peralta: «El narrador proyecta fuera del mundo representado en su discurso el encuentro de los dos hombres; la tensión trágica que tal enfrentamiento supone se diluye en la mayor ambigüedad: en el pueblo nada se sabe, todo está en calma.»⁵

Aunque la narración se lleva en tercera persona, a veces el narrador se vale de la primera para hacer conocer su propia participación en la acción del relato. El primer uso de la primera persona, «Yo le bauticé al muchacho,»⁶ ya marca la importante relación entre el narrador y el niño y al mismo tiempo entre el narrador y el padre, a quien llama su compadre. Luego, el narrador se establece como hombre con fuertes opiniones, aseverando que «yo me sostengo en mi juicio,»⁷ cuando sugiere que el pueblo de Corazón de María es «donde se originan los chaparros,»⁸ como el hijo Euremio. A renglón seguido, el narrador hace hincapié en su relación con el hijo al decir que el padre no quiso dejar la herencia a Euremio, que «como ya les dije era mi ahijado.»⁹

Seguidamente, el narrador usa la primera persona al aludir a su relación con la madre, Matilde Arcángel, relación también muy incierta que queda enterrada bajo el silencio y el olvido. «Por ese tiempo ella estaba comprometida conmigo,»¹⁰ afirma el narrador disimulando tal vez un resentimiento bien

arraigado. A continuación Tranquilino relata cómo «fui a presentarle a la muchacha . . . no me imaginé que a ella se la agotara de pronto el sentimiento que decía sentir por mí.»¹¹ Luego con una frase tan corta como llena de la ironía de la inocencia ofendida, el narrador¹² dice casi a la sordina: «Lo supe después.»¹³ Y tratando de congeniarse con el lector en un tono familiar, comenta: «Sin embargo, habrá que decirles antes quién y qué cosa era Matilde Arcángel. Y allá voy. Les contaré esto sin apuraciones.»¹⁴ Su amor frustrado por Matilde se lo relata Tranquilino al lector de una manera casi lírica, procurando hacernos ver el eterno lazo que él sentía por ella; «Pero los caminos de ella eran más largos que todos los caminos que yo había andado en mi vida y hasta se me ocurrió que nunca terminaría de quererla.»¹⁵

Cuando el narrador relata que Matilde iba a casarse con Euremio,¹⁶ lo hace desde su propio punto de vista, dentro de las emociones que experimenta. De manera que frases como «Pensé que la había arrastrado la codicia y tal vez lo grande del hombre» y «Justificaciones nunca me faltaron»¹⁷ hacen resaltar la figura del narrador. En este punto del relato, el narrador dice que lo que más le dolió fue que Matilde se hubiera olvidado de muchas personas que le tenían gran afecto; y añade: «Sobre todo de mí, Tranquilino Herrera, servidor de ustedes, y con quien ella se comprometió de abrazo y beso y toda la cosa.»¹⁸ Esta es la primera vez que el narrador, un pobre arriero, se identifica de nombre, con un aparente desparpajo que tal vez encubre la angustia que está en su alma. Aunque el lector¹⁹ sabe que Tranquilino estaba muy cerca cuando el caballo se desbocó, él dice que no podría contarles los detalles del accidente «porque yo venía mero adelante.»²⁰ Casi disculpándose de no poder suministrar más información, pero al mismo tiempo sugiriendo una escena casi irreal, el narrador dice que «Sólo me acuerdo que era un animal rosillo.»²¹ Así como del animal que le hizo caer no le queda a Tranquilino más que la sombra o recuerdo de Matilde. Pero la presencia del narrador está viva a cada paso en su propio relato, de esta manera reforzando la importancia de la relación entre Matilde y Tranquilino. Siguen otras frases que contienen referencias en la primera persona.

«No me resigné a no verla.»

«Me acomedí a bautizarles al muchacho, con tal de seguir cerca de ella.»

«A mí me tocó cerrarle los ojos llenos de agua.»

«Ya les conté que la encontramos embrocada sobre su hijo.»

«Ya les dije que estaba empapada en agua.»
«Como les dije antes, a mí me tocó cerrar aquella mirada
todavía acariciadora.»²²

Las auto-referencias hechas por el narrador continúan a lo largo del relato para vincular estrechamente la vida de Tranquilino con la vida de los otros personajes y con la acción del cuento. Por ejemplo, el narrador recuerda al lector el odio del padre por el hijo comentando «Y era de eso de lo que yo les estaba platicando desde el principio.»²³ Y cuando el padre, aniquilado por este odio y por la pena que le consume por su difunta esposa, «se da a la bebida,» el narrador escribe que «a mí me tocó una vez fletear toda una recua con puras barricas de 'bingarrote' consignadas al Euremio.»²⁴ A continuación, el narrador enfatiza que el padre golpea mucho a Euremio, a quien llama «mi ahijado.» Tranquilino usa este término en el siguiente párrafo al notar que «mi ahijado tocaba la flauta mientras su padre dormía la borrachera,»²⁵ y de esta manera refuerza la asociación afectiva entre el hijo y el narrador relativo a este importante símbolo musical. Por último, en el momento final del relato, es «mi ahijado Euremio» y no simplemente Euremio quien llega montado en caballo, acompañado de la flauta. Para acentuar aun más el lazo emocional que le une con el padre y con el hijo, el narrador identifica el caballo como «el de mi compadre Euremio Cedillo.»²⁶ La yuxtaposición de «mi ahijado» y «mi compadre» en el último párrafo del cuento es irónica por los papeles antagónicos que representan y además parece recalcar la trágica muerte del padre²⁷ bajo circunstancias no muy claras.

Además del empleo del «yo» y del «me,» se encuentran en «La herencia de Matilde Arcángel» muchos casos de la primera persona plural. El uso de «nosotros» o la forma verbal correspondiente sin este pronombre da otra dimensión a la intimidad de la narración, dimensión que hace más que incluir a otras personas cuando el narrador habla de sí mismo. Las formas «yo» y «nosotros» se refuerzan mutuamente para crear un equilibrio narrativo entre el narrador, como individuo que actúa por su propia cuenta, y el narrador, como parte del grupo de lugareños. Vemos a continuación las varias ocasiones en que Tranquilino deja de usar el «yo» para recurrir a «nosotros.» La primera instancia de «nosotros,» la más sencilla y la menos significativa, ocurre después de la introducción de la familia Cedillo, cuando tras una breve digresión el Matilde, encubre sus verdaderos sentimientos con una serie de cuatro oraciones, tres de las cuales contienen «uno» como sujeto: «Está bien que uno no esté para merecer. Ustedes saben, uno es arriero. Por puro gusto. Por platicar

con uno mismo, mientras se anda en los caminos.»⁴³ El empleo sucesivo del vocablo «uno» da énfasis a la idea, un tanto irónica, de que por ser arriero, entre otras cosas, el narrador no es tan digno del amor de Matilde como Euremio. Y en las primeras dos frases, el uso de «uno» echa una sombra irónica a todo el párrafo, pues Tranquilino tiene mucho más amor propio del que aparenta con sus palabras retraídas. En otro ejemplo, el narrador cuenta que el padre constantemente soltaba pestes al hijo por creerle responsable de la muerte de Matilde, insultándole tan furiosamente que «... ya uno no sabía si era pena o coraje el que sentía por la muerta.»⁴⁴ El empleo de «uno» en vez de «yo» obliga al lector a ver la reacción del narrador en un contexto menos subjetivo y de mayor iliación para el significado del relato.

Hay dos casos en que el vocablo impersonal «uno» es objeto de una preposición. Un caso ocurre en una descripción de Matilde ya hecha mujer: «Le brotó una mirada de semisueño que escarbaba clavándose dentro de uno como un clavo que cuesta trabajo desclavar.»⁴⁵ Aquí el empleo de «uno» da pujanza al sentido metafórico de las palabras «escarbaba clavándose» y al mismo tiempo sirve de punto de referencia para la imagen que sigue respecto al clavo. El otro caso ocurre en una importante frase cuando el narrador califica como algo vaga, fugaz y fantasmal la escena en que el caballo pasa junto a él «como una nube gris.» «Por eso es que todavía siento pasar junto a mí ese aire, que apagó la llamarada de su vida, como si ahora estuviera soplando; como si siguiera soplando contra uno.»⁴⁶ Al terminar el pensamiento con las palabras «contra uno,» el narrador en efecto cambia la orientación de la frase, desviándola de su propia persona hacia aquel ser impersonal o generalizado. El narrador dice «contra uno,» pero lo que quiere decir tal vez es «contra mí,» pues es suya la impresión fantasmal del «aire del caballo.»

Por último, observamos dos veces hacia fines del cuento el uso de la frase «me lo contaron,»⁴⁷ que parece echar una sombra de duda sobre las palabras del narrador respecto a la participación de los dos Euremios en la Revolución. Además, la frase cobra un tinte irónico porque el lector forzosamente tiene que fiarse de las palabras del narrador, aunque éste mismo ha recibido su información de segunda mano.

Literariamente, una pregunta como ¿Cuál es el propósito del narrador? por lo general carece de sentido, pero en el caso de «La herencia de Matilde Arcángel» tal interrogación puede abrir algunas puertas hacia un mejor entendimiento del relato. Mencionamos en el primer párrafo de este trabajo la ambigüedad y la imprecisión de ciertas partes del cuento. Esto puede ser función del objetivo del narrador o tal vez el resultado, pero de todas maneras la

relación existe muy patentemente y forma parte de la estética de la obra. Ahora bien, el propósito de Juan Rulfo, autor, es muy distinto del propósito de Tranquilino Herrera, narrador. Rulfo escribió el cuento; Tranquilino lo narró. Rulfo escribió el cuento como obra literaria; Tranquilino lo narró con alguna deliberada intención personal, o así nos parece.

Por la manera de narrar los hechos y de reaccionar ante ellos emocionalmente, Tranquilino aparentemente se pone del lado del hijo en la feroz lucha que éste sostiene con su padre. Esto, en sí, puede ser el propósito del narrador, es decir, demostrar cómo se le consume a uno un odio, y lo que es más, un odio sin fundamento. Es muy posible que el narrador, por las varias circunstancias de su relación previa con Matilde, le tenga al padre igual odio y desdén. Es posible también que la muerte del padre represente, tanto para el hijo como para el narrador mismo, una forma de justicia o de retribución. El narrador puede ser la voz del hijo, que quería relatar el cuento pero no pudo. En efecto, el hijo no tiene voz propia en el cuento; su papel es por completo pasivo, un objeto de desprecio y de inutilidad, una víctima de la iracundia y la irracionalidad del padre.

El nombre Tranquilino es quizás simbólico del temperamento ecuánime del narrador ante los sucesos que él refiere. Pero su aparente calma y a veces desapego pueden ocultar irónicamente grandes emociones. Mucho tiene que ver con la memoria que guarda de Matilde, a quien amó con más fervor del que está dispuesto a admitir. Puede ser que el narrador, detrás del velo de su estoica resignación, piensa que si Matilde se hubiera casado con él y no con Euremio, habría estado viva hoy. Es más; Tranquilino nos está diciendo que si Matilde se hubiera casado con él y el mismo accidente le hubiera ocurrido, él no habría odiado al hijo, ni le habría echado la culpa por su muerte. Todo esto no es conjetura vana, sino importantes consideraciones del lector a medida que el narrador le retiene en su celda verbal. Es obvio que el objetivo del narrador está vinculado a su propia percepción de la tragedia, está envuelto en la multitud de cosas que pasaban por su mente cuando el hijo regresó con el cuerpo de su padre atravesado sobre el caballo.

Asimismo, el propósito del narrador está atado a la incógnita de cómo murió Euremio, padre. El relato termina abrupta y fríamente en el momento en que Tranquilino ve venir en ancas al detestado hijo. Tranquilino no ofrece explicación, interpretación, ni siquiera un comentario, y la ironía estriba precisamente en el contraste entre lo no dicho y lo pensado. De modo que al lector le es negado saber no sólo cómo murió el padre, sin cómo reaccionaba el mismo narrador que le había transmitido el propio cuento. El lector juega con

varias posibilidades y la ironía es que Tranquilino hace lo mismo, aunque éste, por el papel que cumple en el relato tiene la obligación de entender mucho más. Así que la ironía resulta en la nivelación de conocimiento sobre el asunto, cuando en efecto el lector quiere que el narrador le sea muy superior en cuanto a la información que posee.

No obstante, aparte de la ironía implícita en la conclusión de «La herencia de Matilde Arcángel,» ¿Cómo debe el lector interpretar las últimas escenas? Una interpretación es que sencillamente el padre fue muerto por los «revoltosos» en una escaramuza con los federales. El hijo encontró el cuerpo y de puro respeto lo llevó al pueblito para un entierro cristiano. Por faltar un elemento dramático, esta interpretación parece la más débil. Otra interpretación es que el hijo, uno de los «revoltosos,» mató al padre en la furia de la batalla, pero aun sentía el deber filial de llevar el cuerpo a su casa. Con una u otra posibilidad, resulta irónico que el hijo tan despreciado regrese a Corazón de María cargando el cuerpo del padre como en triunfo y tocando la flauta. Una tercera posibilidad es que el padre buscó una oportunidad para matar al hijo, hubo una lucha, y en su propia defensa éste tuvo que darle muerte. Una cuarta posibilidad es que el padre buscó su propia muerte impulsado por el arrepentimiento de haber maltratado a su hijo.

La verdad sobre la muerte del padre tiene que existir, aun dentro de la ficción del relato. El arte de Juan Rulfo, en «La herencia de Matilde Arcángel» como en otros cuentos suyos, depende en gran parte de esquivar aquella verdad, aquella realidad para sobreponerle otro tipo de realidad que pertenece a la imaginación del lector. El arte de Rulfo en este relato consiste también en crear una modalidad irónica en torno al que narra los sucesos, en torno a este narrador-testigo que enmascara y disimula la verdad de acuerdo con sus propios fines e intereses. Al moldear la perspectiva oblicua desde la cual el lector trata de desenmarañar el relato, el narrador es a la vez intérprete y juez.

NOTAS

1 Para el estudio general de la teoría de la ironía he consultado dos obras indispensables: Douglas C. Muecke, *The Compass of Irony* (London: Methuen, 1969); and Wayne C. Booth, *The Rhetoric of Irony* (Chicago: The University of Chicago Press, 1975).

2 Para el concepto de la función del narrador, he consultado Wayne C. Booth, *The Rhetoric of Fiction* (Chicago: The University of Chicago Press, 1961).

3 La edición que he utilizado para este trabajo es «La herencia de Matilde Arcángel,» en *El llano en llamas* (Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1976). Todas las citas se refieren a esta edición.

4 Violeta Peralta and Liliana Befumo Boschi, *Rulfo: La soledad creadora* (Buenos Aires: Fernando García Cambeiro, 1975), pp. 44-45.

5 Ibid., p. 47.

6 «La herencia de Matilde Arcángel,» *op. cit.*, p. 143.

7 Ibid., p. 144.

8 Ibid., p. 143.

9 Ibid., p. 144.

10 Ibid., p. 144.

11 Ibid., p. 144.

12 En su artículo «Perspectivas narrativas de *El llano en llamas*, de Juan Rulfo,» en *Anales de Literatura Hispanoamericana* (Madrid, 1972), p. 322, Rita Gnutzmann afirma que «La llamada 'situación originaria del narrar' prevalece en los cuentos «La herencia de Matilde Arcángel,» «Luvina,» y «El día del derrumbe.»

13 «La herencia de Matilde Arcángel,» p. 145.

14 Ibid., p. 145.

15 Ibid., p. 145.

16 Violeta Peralta, *op. cit.*, escribe muy acertadamente: «El hálito de Matilde, su presencia como guía o ánima está en el sentido profundo de la conjunción femenino-masculino que este instrumento simboliza por su timbre y por su forma» (p. 46).

17 «La herencia de Matilde Arcángel,» p. 145.

18 Ibid., p. 146.

19 Para un estudioso muy valioso, véase el libro de José María Castellet, *La hora del lector* (Barcelona: Seix-Barral), 1957.

20 «La herencia de Matilde Arcángel,» p. 146.

21 Ibid., p. 146.

22 Ibid., p. 147.

23 Ibid., p. 148.

24 Ibid., p. 148.

25 Ibid., p. 149.

26 Ibid., p. 150.

27 Violeta Peralta llama la muerte del padre «el parricidio» (p. 44). Ella añade: «Ese hijo despreciado y humillado de Matilde se alza un día sobre su debilidad porque para afirmarse necesita asesinar al padre que le cierra todos los caminos . . . Pero asesinar

al Padre . . . no es más que un principio que es forzoso sobrepasar: el parricidio es una negación sobre la que luego debe asentarse una afirmación» (p. 48).

28 «La herencia de Matilde Arcángel,» p. 144.

29 Ibid., p. 145.

30 Ibid., p. 148.

31 Ibid., p. 145.

32 Ibid., p. 145.

33 Ibid., p. 145.

34 Ibid., p. 145-46.

35 Ibid., p. 146.

36 Ibid., p. 146.

37 Para un estudio interesante, véase Rose S. Mine, *Lo fantástico y lo real en la narrativa de Juan Rulfo y Guadalupe Dueñas* (New York: Senda Nueva de Ediciones, 1977).

38 «La herencia de Matilde Arcángel,» p. 147.

39 Ibid., p. 146.

40 Ibid., p. 146.

41 Ibid., p. 143.

42 Ibid., p. 144.

43 Ibid., p. 145.

44 Ibid., p. 148.

45 Ibid., p. 145.

46 Ibid., p. 147.

47 Ibid., p. 149.